

libro. Hay que esperar de Paredes, por mera curiosidad de lectores, una novela que someta su talento evidente a otras circunstancias, distintas de la sabida dificultad de un relato corto.

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

## Veinte que perdieron

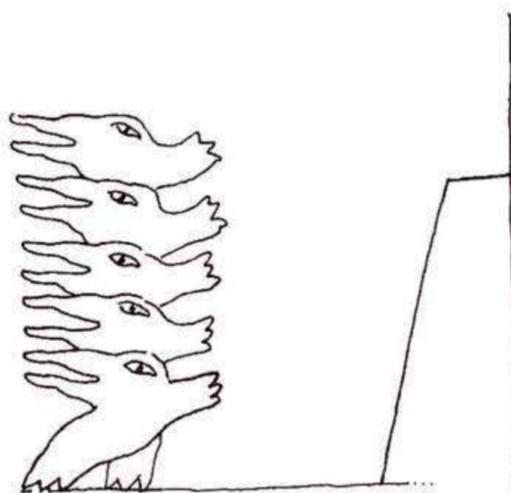
**Veinte asedios al amor y a la muerte**  
Selección de Eduardo García Aguilar  
Ministerio de Cultura, Bogotá, 1998,  
223 págs.

El secreto de la elaboración de *Veinte asedios al amor y a la muerte* es bastante simple: seleccionar veinte relatos de distintos autores entre una centena de los libros "perdedores" del Premio Nacional de Cuento de 1996. Sin embargo, el resultado nos demuestra cómo en la literatura un punto de partida aparentemente sencillo puede traer al final múltiples sorpresas y más de un atractivo. Pero es mejor dejar que sea el mismo Eduardo García Aguilar quien relate el fondo del esfuerzo a través de un extracto de su excelente prólogo, que entre otras virtudes tiene el acierto de evitar por completo ese "yoísmo" que tanto suele afeitar los prólogos de nuestra literatura.

*Veinte asedios al amor y a la muerte surge asimismo de un acto de justicia: dar voz a los escritores colombianos que luego de responder a la convocatoria de un concurso literario, no son retenidos por el gusto caprichoso de los jurados, cambiante y ondeante como la vida misma. Los grandes premios nacionales de cuento suscitan la participación de muchos escritores, pero sólo triunfa uno, escogido, como es obvio, gracias a la confluencia de las arbitrariedades de los dictaminadores, unas veces afines al barroco, otras a lo coloquial, más allá a lo escatológico, aquí a lo político. El ganador ha sido cortaziano, borgiano, garciamarquino, comprometido, exquisito, vulgar, coloquial,*

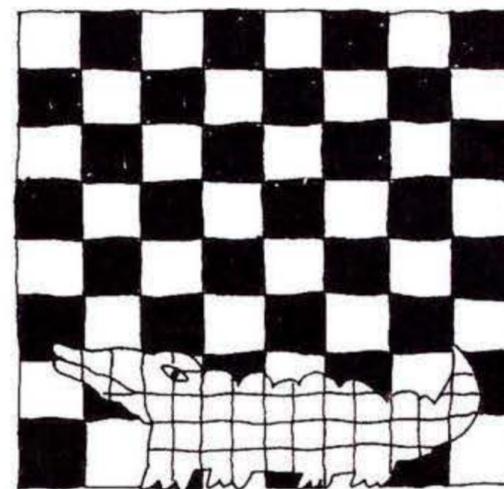
*autéctono, étnico, periodístico, testimonial. Y se excluye todo lo demás, según el torno caprichoso de la ruleta rusa. ¿Quiénes son esos supuestos excluidos por el gusto oficial del momento? Veinte asedios al amor y a la muerte busca abrir la caja de Pandora para generar polémica. [pág. 12]*

En correspondencia a tal fin, este libro es una brisa fresca, perturbador como todo aire nuevo. A nivel puramente formal la calidad de los textos varía, pero sólo para oscilar entre lo bueno y lo excelente, cualquiera que sea la tendencia a la que pertenezcan los autores. Pero lo más resaltante es que no es un libro para todo el mundo; especialmente para ciertos seres que realmente creen que hay "una" literatura colombiana, y que suelen soltar frases tan llamativas como: "Lo social es el centro de la literatura colombiana contemporánea" o "Nuestros mejores escritores van en busca de lo marginal". También su lectura puede ser difícil para todos aquellos que no pueden evitar clasificar, que se sienten incómodos si no tienen del todo claro si un texto pertenece al realismo mágico o al realismo social, al intimismo o al existencialismo.



El mismo García Aguilar llama en el prólogo un "juego" al origen de este libro. Por lo tanto, para apreciarlo en su justa medida, vamos a jugar. El juego consistirá en imaginar que estos veinte textos, escogidos sin ninguna discriminación aparente, en verdad representan una muestra real, no preconcebida, de lo que es la literatura colombiana en este momento. Si hacemos esta concesión, a la cual ningún investigador que se respete se sometería, por lo

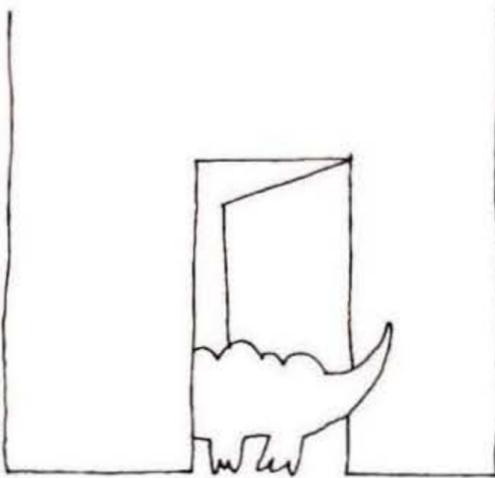
pequeño de la muestra, es probable que encontremos más hallazgos interesantes en este libro de los que normalmente hallamos en otros textos.



Primero que todo, según nos muestra *Veinte asedios al amor y a la muerte*, no hay "una" literatura colombiana contemporánea sino múltiples formas literarias en la Colombia presente; desoladora noticia para muchos "jueces" de la cultura. Dentro de estas páginas encontramos desde relatos que pasan por la más marcada tendencia kafkiana, hasta, cómo no, relatos sobre la marginalidad social (dos cuentos entre veinte). Una de las saludables sorpresas que nos depara esta selección es que en esta Colombia arrasada por mil batallas inútiles no sólo se escribe sobre la muerte sino también sobre el amor, la cotidianidad, el sexo e incluso el sentido de la existencia.

Este último punto, el de la variedad de los temas que interesan a los escritores colombianos contemporáneos y las formas en que buscan plasmar su obra, merecería un mayor estudio del que es posible en esta reseña. Sobre todo si se tiene en cuenta que la oferta de las editoriales no corresponde a lo que hallamos en *Veinte asedios al amor y a la muerte*. Si la variedad en los temas de los escritores nacionales es tal como se presenta en este libro, entonces el muestrario que hallamos en las librerías es una impostura en lugar de un reflejo real de lo que se está escribiendo en Colombia. No, no resulta cómodo enfrentarse a los hallazgos que puede traer este libro. Sobre todo si se viene con una concepción de la literatura heredada de siglos pasados, o con cierta rigidez acerca de los temas sobre los cuales "deberían" escribir los auto-

res colombianos. Y no es sólo porque encontramos aquí desde erotismo hasta existencialismo, desde intimismo hasta humor, sino porque Colombia no es un ambiente imprescindible en la mayoría de estos relatos, que pueden ubicarse con igual facilidad en Bogotá que en Shanghai o Praga. Por eso, la mayoría de los autores presentes en este libro no complacerán a ningún patriota de la vieja escuela, deseoso de ensalzar o criticar las costumbres patrias, sino a un nuevo tipo de patriota que antes de ser un colombiano es un hombre o una mujer.



Y esta nueva noción de humanidad antes que colombianidad no es porque los autores sean unos veinteañeros sumergidos en el mundo sin fronteras de la internet. Basta con revisar las biografías para darse cuenta de que sólo dos de los escritores de estos veinte relatos eran menores de treinta años en el momento del concurso, por lo que no puede uno sino conceder que es una búsqueda que ya lleva su tiempo. Pero entonces, ¿por qué la oferta literaria en Colombia viene marcada por la violencia social hasta el punto de que, según dicen por ahí, es lo que nos caracteriza como literatura nacional? ¿Por qué los *best-sellers* de los últimos tiempos suelen tener su base en lo marginal? ¿Será verdad que esas obras que las editoriales más importantes se afanan en vender al extranjero representan la literatura colombiana del momento? ¿O se tratará tan sólo de una singularidad mercantil?

Por otra parte, es importante conceder que, a pesar de la variedad, en *Veinte asedios al amor y a la muerte* hay algunos puntos comunes a distintos relatos, que podrían, según las reglas de nuestro "juego", señalar ciertas tendencias en

la literatura colombiana contemporánea, como son la importancia del erotismo como elemento conductor de la trama, la abundancia de temas relacionados con una clase media inmersa en una cultura global y el apego a los ambientes urbanos. Sin embargo, ninguna característica es común hasta tal punto que se acerque a lo absoluto, ni siquiera a lo mayoritario. Dado este resultado del juego, algunos dirán que la literatura de Colombia ha perdido su aroma propio; otros dirán que ha aprendido que el mejor perfume es la variedad.

Pero el golpe más fuerte se lo dedica este libro a los mismos concursos literarios a los que debe su nacimiento. Como dice García Aguilar:

*¿Quién puede en un momento calificar qué es lo mejor y lo peor? ¿Con qué derecho alguien se autocorona como el mejor, el que va en la línea correcta? ¿Cuántas veces un autor, galardonado y considerado maravilloso décadas o siglos después, fue calificado de loco o incomprensible por la gente de su tiempo? Recordemos a Proust, Joyce, Beckett, Gombrowicz y Juan Carlos Onetti, quien perdió todos los concursos, para citar sólo algunos ejemplos del maravilloso y terrible siglo XX que culmina. La soberbia de muchos críticos, profesores y escritores de nuestros tiempos, lleva a encajonar la literatura dentro de una sola tendencia, la suya, porque se creen siempre los únicos y los mejores, cerrándose a cualquier expresión extraña a sus gustos personales. De tal forma se privilegia el uniforme sobre la diversidad carnavalesca.*

No hace más García Aguilar que apelar a la conclusión que deja la variedad de *Veinte asedios al amor y a la muerte*: siendo tan distintas las tendencias literarias, donde cada una persigue diferentes objetivos en fondo y forma, no hay manera de juzgar, sin derecho a apelaciones, cuál relato es superior. Y ésta es una conclusión que podría servir como prueba en cualquier juicio contra la utilidad de los concursos literarios como mecanismos de renovación de la literatura. El buscar otro medio de dar a co-

nocer a los nuevos talentos queda como tarea implícita para todos los "literato-dependientes" que pensamos que para que la literatura sobreviva en el nuevo milenio necesitará de abundantes cantidades de oxígeno fresco.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

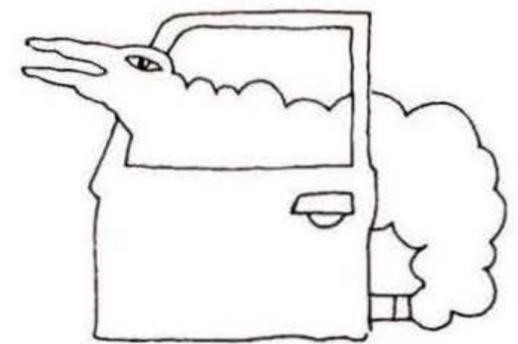
## Pequeñeces de aficionados

### Cuentos de Contracartel

Andrés Elías Flórez B., Blanca H. León, Joaquín Peña G., Jairo Restrepo G., Benhur Sánchez S.

Contracartel Editores, Bogotá, 2000, 111 págs.

Isaías Peña Gutiérrez, el compilador de los trabajos que aparecen en el libro, dice, al referirse a Andrés Flórez B. en la presentación, que este cuentista "no ha abandonado las grandes *pequeñeces de la vida*" (subrayamos). Esto es cierto, no sólo en relación con la temática elegida por Flórez en sus relatos, encuadrada dentro de la trivialidad más cercana a la cursilería, sino también por lo limitado de los recursos narrativos que exhibe en los mismos.



Esta misma "pequeñez" caracteriza por igual al resto de los cuentistas que integran la presente muestra. Pero además habría que anotar respecto de Flórez algo que ya no sorprende, pues se hace cada vez más común en muchos de los integrantes de lo que se conoce ahora como la "nueva narrativa", y es el real desconocimiento del idioma que les sirve de instrumento. Esto, que constituye en sí misma una grave